

A comienzos del siglo, las primeras compañías que incluían fragmentos de ópera eran españolas. A medida que el siglo avanzaba, aumentaba el número de compañías italianas, que contaban generalmente con un excelente elenco y con artistas de gran renombre.



Finalmente, encontramos una completa bibliografía teatral y los anexos que incluyen título de la obra, autor, género y fechas.

Este libro es un gran aporte a la historia del teatro en Colombia y la autora, con su ameno lenguaje, la variedad de los temas tratados y la profunda investigación realizada, hacen de éste un libro imprescindible para estudiosos, escritores y críticos de arte, entre otros.

JIMENA
LONDOÑO IRIARTE

Ursúa, una novela atiborrada

Ursúa

William Ospina

Alfaguara, Bogotá, 2005, 478 págs.

Cuando pienso en William Ospina, tengo en la cabeza a un autor que en sus ensayos suele expresar puntos de vista enrevesados o ingenuos, y a un poeta con un estilo claro y seguro que se ha ganado en Colombia una comunidad de lectores —iba a escribir de devotos— que le rinden un culto casi religioso. Una vez tuve ocasión de discutir con uno de sus adeptos que se empeñaba en defender la idea de volver al trueque como fórmula

para salir de las complicaciones de la economía globalizada.

A Ospina, y a sus adeptos, parece incomodarles la realidad y responden a esa incomodidad tratando de ofrecer una versión distinta del mundo, lo que puede ser un punto de partida fructífero para un novelista. Por eso me alegré cuando me llegó a las manos la primera novela de William Ospina —*Ursúa*— y me lancé a leerla casi de inmediato.

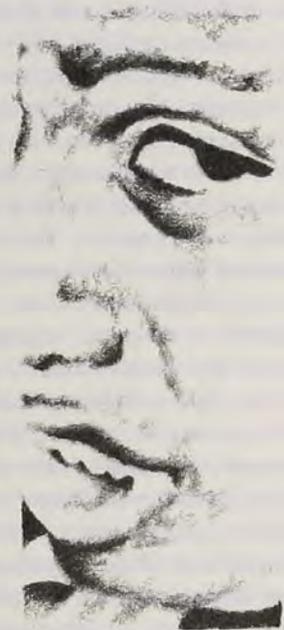
La experiencia inicialmente resultó un tanto agobiante debido a que se trata de una novela atiborrada de personajes y de historias. Ospina quiere contar demasiadas cosas —toda la historia de la conquista y de la destrucción de las civilizaciones indígenas— y se cura en salud inventándose un narrador en primera persona —un mestizo, lo que no carece de significado— que advierte desde el comienzo precisamente eso: que tiene demasiadas historias que contar.

Para hacerlo, nos dice que va a empezar por contar la historia de Pedro de Ursúa, pero al comienzo al lector le cuesta trabajo creerlo porque Ospina en ningún momento se limita a esa historia sino que cuenta otro montón de cosas, tantas que ya pasada la página 150 resulta difícil precisar cuál es la historia alrededor de la cual se teje la novela.

En cierto sentido, podría decirse que la historia central debería ser la búsqueda de El Dorado por parte de Ursúa. Sin embargo, cuando, al fin, hacia la página 163, parece que se fuera a empezar a contar esa historia, la novela hace un rodeo para recordar como, años antes de la aventura de Ursúa, tres expediciones de conquistadores guiadas por la fiebre del oro coincidieron en la sabana de Bogotá y en ese momento el lector es obligado a distraerse del destino de Ursúa para pensar en los destinos de Quesada, Belalcázar y Federmann. Y eso para no hablar de los desórdenes que había en la tierra de los muisca poco antes de la llegada de los conquistadores debido a oráculos que hablaban de la llegada de enemigos ansiosos del tesoro muisca y de como el zipa Tisquesusa, gracias a informaciones llegadas de Perú y de

México, pudo saber que los enemigos no eran los pueblos indígenas sino los conquistadores, a quienes veían como dioses vengadores.

No estoy plenamente seguro de que ese atiborramiento sea un defecto de la novela. Tal vez lo sea, en la medida en que la cantidad de historias que se entremezclan y que tienden a formar un mural completo de la conquista con todos sus horrores y leyendas hace difícil que podamos interesarnos por Pedro de Ursúa. El personaje, como individuo, casi no existe en las primeras páginas pese a que se nos vayan mostrando sus peripecias exteriores. Y cuando estamos a punto de encontrarnos con él, como en el momento en que él se encuentra con el indio que le revela pistas para llegar a El Dorado que nadie había tenido antes, Ospina lo vuelve a ocultar detrás de la pretensión de novelar la conquista entera.



Sin embargo, poco a poco Ursúa y la historia de la conquista se van fundiendo, el personaje se hace cada vez más atractivo y también el narrador se hace cada vez más sugerente. Tal vez, el principal mérito de la novela sea la insobornable honestidad narrativa de Ospina que quiso poner a hablar a través de su narrador imaginario a todas las voces de la conquista. Con esa decisión se evita

el panfleto indigenista, en el que con facilidad se hubiera podido caer con la seguridad de ganarse el aplauso de los devotos de lo políticamente correcto.

Al mismo tiempo, no se incurre en una glorificación de la conquista, lo que, aunque muchos piensen lo contrario, no es tan fácil de evitar cuando se hace frente a las gestas demenciales del siglo XVI. La conquista termina siendo en la novela algo muy cercano a lo que probablemente fue: una historia desgarrada en la que permanentemente se mezclaron el heroísmo y el crimen, y frente a la cual, quienes tratamos de reconstruirla como descendientes de conquistadores y conquistados, no sabemos nunca bien —si somos honestos con nosotros— de qué lado están nuestras simpatías.

La voz del narrador es una expresión de ese desgarramiento y, en un recurso novelístico legítimo, aunque históricamente problemático, Ospina lo remite además a un desgarramiento anterior porque no le basta con hacerlo mestizo sino que nos lo presenta como hijo de moro converso, y vergonzante, y de una mujer indígena. Esa tensión entre los dos orígenes del narrador no es lo único que existe en la novela. Hay otras, igualmente importantes para la estructura de la narración, como la que se da entre el deseo de imponer en el Nuevo Mundo las llamadas Nuevas Leyes, que se habían promulgado para proteger a los indios por presión de fray Bartolomé de las Casas, y la realidad del mundo conquistado. Allí, el único problema existente no es el de las relaciones con los indios. También hay problemas entre los conquistadores que tienden a convertir el Nuevo Reino de Granada y el Perú en escenarios de una lucha de todos contra todos.

Todos esos problemas, en cierto modo, se conjugan en Ursúa que llega al Nuevo Mundo con ánimo de aventura pero también con el propósito de hacer cumplir las leyes nuevas pero, a medida que va ensanchando su experiencia americana, se va convirtiendo en un guerrero despiadado para quien la realidad de la

guerra hace que todo lo que se decide en la lejana corte castellana pase a un segundo plano.



También, el tío y protector de Ursúa, Miguel Díaz de Armendáriz, llega al Nuevo Mundo con la misión de hacer cumplir las leyes nuevas. Tiene que juzgar a Pedro de Heredia y, durante el juicio, tiene dudas acerca de si se le pueden aplicar a alguien leyes que aún no habían sido promulgadas cuando perpetró los actos juzgados. El narrador ironiza sobre esas dudas y recuerda que los diez mandamientos eran algo anteriores.

Los diez mandamientos, en cierta manera, son los que ponen a dudar a Ursúa después de que mata por primera vez, en un enfrentamiento con los indios panches. En esa ocasión, Ursúa tiene a su favor el argumento de la defensa propia y, al recurrir a la confesión, la Iglesia le ayuda a tranquilizar la conciencia. Pero en actos posteriores es la mera crueldad y el ansia de poder lo que dicta sus acciones. A medida que se acostumbra a la guerra de dominación, Ursúa va dejando atrás los remordimientos de conciencia. Su justificación es el servicio a la corona —a la que siempre le es fiel a diferencia de otros conquistadores como Gonzalo Pizarro, cuyo destino está también tematizado en esta novela superpoblada.

La lectura de la novela de Ospina es sin duda exigente, le pide al lector una gran concentración para no perder la orientación en el gran la-

berinto de historias y personajes. Por eso, creo que el lector también tiene el derecho de ser exigente con la novela y no darse por satisfecho con que, sin duda, el libro arroja una visión interesante sobre la historia de la conquista. Y es ahí donde al parecer, pese a todos los méritos que he esbozado, la novela decepciona. *Ursúa*, como suele ocurrir con muchas novelas de temática histórica, se agota en su tema. Sus personajes difícilmente convencen y, después de la lectura, no nos siguen acompañando como sí lo hacen los personajes de las novelas logradas.

Tras unas semanas de cerrar el libro, *Ursúa* no sobrevive en la memoria del lector y, en parte, por eso me veo ahora en dificultades para ponerle fin a esta reseña. Podría volver al libro y refrescar la lectura. Pero eso implicaría que hubiera episodios a los que me interesara volver. Y de momento, salvo la reacción de Ursúa tras el combate contra los panches, no recuerdo ninguno.

Indagar si esa sensación subjetiva, que acaso compartan otros lectores, tiene que ver con el atiborramiento de la novela de la que se habló al principio implicaría un análisis más minucioso que rebasaría el objetivo de esta reseña.

RODRIGO ZULETA

De Carlota a Elisa, de Elisa a Carlota

Las cuitas de Carlota

Helena Araújo

Barcelona, March Editor, 2003,
159 págs.

Con esta novela la destacada crítica literaria colombiana Helena Araújo retoma una trayectoria narrativa que, a pesar de una asidua publicación de sus cuentos en revistas, no parece haber sido el objeto central de su trabajo de los últimos años. Es así como *Las cuitas de Carlota* viene